



LA HEMOS LIADO PARDA

MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ
EDITOR DE ZERO

HOY EMPECÉ EL DÍA CON MALA PATA. A lo mejor la culpa de todo la tiene esta maldita psicosis colectiva sobre lo mal que estamos (o lo mal que está cada uno). Pero, ¿le vamos a echar la culpa de todo a una crisis que no sabemos muy bien de dónde viene? Siempre hemos estado un poco jodidos tratando de sobrevivir en un mundo lleno de injusticias que, a menudo, empeoramos por nuestra cuenta. Puede que, ahora, la diferencia esté en lo inevitable de que nos lo recuerden a cada momento y, claro, luego uno vive cabreado y se cree con derecho a despotricar a diestro y siniestro.

Pues resulta que en mi caso, me agarré de los pelos con la señora que limpia la escalera. Prefiero no entrar al trapo con los motivos (un tanto peregrinos, la verdad) y que se queden entre mi terapeuta y yo para la próxima vez que tengamos sesión. El caso es que dije cosas que puede que no debiera haber dicho, a voz en grito y para el asombro y satisfacción de mi comunidad de vecinos, que pocas veces han visto o han reconocido el verme perder los papeles. Un rato más tarde, entrando en el gimnasio, mi vecina del quinto (que es la típica vecina del quinto) me gritó desde su máquina de step una frase que prefiero no repetir, si no es en presencia de mi loquero, o de mi abogado. Una lindeza que yo le había soltado a la pobre mujer, vamos. En ese momento, ante el bochorno de los que se volvieron a mirarme, tuve un primer impulso natural de defenderme, de justificar lo que había hecho ante mi vecina, es decir, de *trastocar un poquito la realidad* para salir mejor parado del trance. Pero entonces una imagen cruzó veloz por mi cabeza. Se trata de uno de esos vídeos hiper visitados en Youtube, en que aparece la mujer más famosa y surreal de la red, y que en su momento me aportó una experiencia única, una catarsis tan inesperada como necesaria. Para quien no lo haya visto, es de una entrevista a pie de calle que recoge el glorioso momento en el que le preguntan a una socorrista por cierto accidente, al intentar arreglar lo que vino a empeorar, en una piscina comunitaria. La sorprendida muchacha, con voz de macarrilla y enormes ojos negros,

explica sin ningún pudor, y con todo lujo de detalles, cómo tuvo la mala pata de mezclar ciertos productos químicos (ella misma es incapaz de precisar cuáles) para producir un gas venenoso que casi mata a los bañistas y a parte de los vecinos de la casa. Al final, acaba pronunciando la gloriosa frase, ya un hit en Internet, quizá por ser el mejor eslogan que reconozca la culpa ante la catástrofe:

LA HE LIAO PARDA.



Cuántas veces habremos pensado lo gratificante que sería que un contertulio de televisión, un político, o cualquiera, escuchase lo que el otro tiene que explicarle y, al final, parándose a reflexionar, dijese ante los demás: pues, ¿sabes lo que te digo?, tienes razón. Tus argumentos me convencen más que los míos (que, dicho sea de paso, casi nunca suelen ser propios sino sacados de otro).

Recordando su mensaje, en vez de inventarme mil excusas para salvaguardarme de mi vecina, me he acercado a su máquina de step y le he repetido la frase. Inmediatamente reconfortado, infinitamente aliviado por la risa que vino después, no he podido evitar volver

a recordar a la peligrosa y sincera bañista del vídeo, con que las pantallas de tv, de internet y hasta del móvil nos enfrentan al espejo. Fuera del simple gag o de su lenguaje tan auténtico, lo que asombra en ella poderosamente (¿hipnóticamente?) es esa facilidad para aceptar con naturalidad lo que había hecho. Cualquiera hubiera intentado justificarse, le habría echado la culpa al otro, inventando como puso ácido sulfúrico en la botella del clorhídrico. Quizá, cualquiera hubiese intentado *salvarse*. Pero ella no. Y la pasmosa realidad es que poco se puede reprochar a una persona que asume sus errores salvo engrandecerla y colgarle un video de alcance global.

En realidad, resulta odioso el círculo de realidades virtuales, en que se dice y se desdice, manipulando las palabras a costa de la verdad, ante la negación del otro, sin darnos cuenta hasta que punto envolvemos el auto engaño. La de tiempo que nos pasamos defendiendo ideas absurdas. Cuántas veces habremos pensado lo gratificante que sería que un contertulio de televisión, un político, o cualquiera, escuchase lo que el otro tiene que explicarle y, al final, parándose a reflexionar, dijese ante los demás: pues, ¿sabes lo que te digo?, tienes razón. Tus argumentos me convencen más que los míos (que, dicho sea de paso, casi nunca suelen ser propios sino sacados de otro).

Ante la embestidura de Barack Obama, resurge una cierta e ingenua sensación de esperanza, del ahora sí que sí. Como si los problemas nos los siguieran resolviendo ahí fuera. Pero, cuando es ahí fuera precisamente, donde se han creado los más gordos conflictos, se agradecería menos cinismo de los más ricos y poderosos, de las clases y jerarquías y, en definitiva, de cualquiera con conciencia propia.

Cuanto nos hubiera gustado a todos (cuánto podríamos ganar con tan poco), si en vez de rodeos y justificaciones, al igual que nuestra inconsciente heroína, los Bush, Espe y compañía, o cualquiera al verse cubierto de inmunda gloria, se atreviera a disculparse, reconociendo nuestra humana miseria con un:

lo siento mucho, sí; la verdad es que, *la hemos liao parda.* ■